


Zygmunt Bauman  
**TIEMPOS LÍQUIDOS**  
Vivir en una época de incertidumbre

Traducción de Carmen Corral

Colección dirigida por Josep Ramoneda  
con la colaboración de Judit Carrera

72

 Consejo Nacional  
para la  
Cultura y las Artes

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*

## Índice

1.ª edición en Tusquets Editores España: noviembre de 2007  
1.ª edición en Tusquets Editores México: febrero de 2008

Modus Vivendi © 2007, Gius. Laterza & Figli, All rights reserved

© de la traducción: Carmen Corral Santos, 2007  
Diseño de la colección: Estudio Úbeda  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
©Tusquets Editores México, S.A. de C.V.  
Campeche 280 Int. 301 y 302 – 06100, México, D.F.  
Tel. 5574-6379 Fax 5584-1335  
www.tusquetseditores.com  
ISBN: 978-970-699-199-7

© Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
Dirección General de Publicaciones  
Av. Paseo de la Reforma 175 – Col. Cuauhtémoc – 06500, México, D.F.  
www.conaculta.gob.mx  
ISBN: 978-970-35-1438-0

Fotocomposición: Pacmer – Alcolea, 106-108 – 08014 Barcelona  
Impresión: Acabados Editoriales Inc. – Arroz 226 – 09820, México, D.F.  
Impreso en México

Introducción: Con coraje hacia el foco de las incertidumbres. . . . .	7
1. La vida líquida moderna y sus miedos . . . . .	13
2. La humanidad en movimiento. . . . .	43
3. El Estado, la democracia y la gestión de los miedos . . . . .	81
4. Separados, pero juntos. . . . .	103
5. La utopía en la época de la incertidumbre . .	133
Apéndices	
Notas . . . . .	159
Índice onomástico. . . . .	167

cia policial o simplemente fichados) ya no son vistos como individuos excluidos temporalmente de la vida social normal y destinados a ser «reeducados», «rehabilitados» y «restituidos a la comunidad» lo antes posible. Se les considera, más bien, individuos marginados a perpetuidad, inadecuados para ser «reciclados socialmente» y destinados a permanecer para siempre alejados de los problemas, separados de la comunidad de los ciudadanos respetuosos con la ley.

Las áreas habitadas se describen como «urbanas» y se llaman «ciudades» cuando se caracterizan por una densidad de población y unas tasas de interacción y comunicación relativamente altas. En la actualidad son también los lugares en los que las inseguridades, concebidas e incubadas en la sociedad, se manifiestan de una forma extremadamente condensada y por ello tangible de una manera particular. Y también es en los lugares denominados «urbanos» donde la elevada densidad de la interacción humana ha coincidido con la tendencia al miedo, nacido de la inseguridad, a buscar y encontrar válvulas de escape sobre las que descargar, aunque esta tendencia no siempre ha sido una característica distintiva de estos lugares.

Nan Ellin, una de las más agudas estudiosas y perspicaces analistas de las tendencias urbanas contemporáneas, indica que protegerse del peligro fue «uno de los incentivos principales para construir ciudades, cuyos límites se definían a menudo con grandes murallas o vallas: desde los antiguos pueblos de Mesopotamia hasta las ciudades medievales y los asentamientos de los nativos americanos». <sup>1</sup> Las murallas, los fosos y las empalizadas delimitaban la fron-

tera entre el «nosotros» y el «ellos», entre el orden y la tierra salvaje, entre la paz y la guerra: eran enemigos quienes estaban al otro lado de la valla sin que les estuviera permitida la entrada. Sin embargo, «de ser un lugar relativamente seguro», la ciudad ha pasado a relacionarse, sobre todo en el último siglo, más «con el peligro que con la seguridad».

Hoy, en una curiosa inversión de su papel histórico y en un claro desafío a las intenciones originales de los constructores de las ciudades y a las expectativas de sus habitantes, nuestras ciudades están dejando rápidamente de ser un refugio frente a los peligros y se están convirtiendo en su principal fuente. Diken y Laustsen llegan incluso a sugerir que se ha invertido el milenario «vínculo entre civilización y barbarie. La vida de las ciudades regresa a un estado de naturaleza caracterizado por el dominio del terror, acompañado por un miedo omnipresente».<sup>2</sup>

Podemos decir que las fuentes del peligro se han trasladado al corazón mismo de las áreas urbanas y se han quedado allí. Los amigos, los enemigos y, sobre todo, los *extraños*, esquivos y misteriosos que tan pronto pueden ser amigos como enemigos, se mezclan ahora codo con codo en las calles de la ciudad. La guerra contra la inseguridad, y en particular contra los peligros y los riesgos para la seguridad personal, se libra ahora *dentro* de la ciudad, y es en ella donde se definen campos de batalla y se trazan las líneas del frente. Las trincheras fuertemente armadas (accesos infranqueables) y los búnkeres (edificios y complejos fortificados y sometidos a estrecha vigilancia) que buscan la separación de los *extraños*, mante-

niéndolos alejados y vetándoles la entrada, están convirtiéndose a pasos acelerados en uno de los aspectos más visibles de las ciudades contemporáneas, si bien las formas que adoptan son muy numerosas y sus diseñadores se esfuerzan por armonizar sus creaciones con el paisaje urbano, algo que contribuye aún más a «normalizar» el estado de emergencia en el que día a día viven los habitantes urbanos, adictos a la seguridad pero siempre inseguros de ella.

«Cuanto más nos separamos de nuestro entorno, más dependemos de la vigilancia del mismo [...]. Hoy en día existen viviendas en todo el mundo que sólo sirven para proteger a sus habitantes, no para integrar a las personas en sus comunidades», observan Gumpert y Drucker.<sup>3</sup> Separar y mantener a distancia se ha convertido en la estrategia más habitual en la lucha urbana por la supervivencia. La línea a lo largo de la cual se trazan los resultados de esta lucha se extiende entre los polos de los guetos urbanos voluntarios e involuntarios. Los residentes sin medios y, por lo tanto, considerados por el resto como amenazas potenciales para su seguridad, suelen verse obligados a abandonar las zonas acogedoras y agradables de la ciudad, y acaban apiñados en barrios separados, parecidos a guetos. Quienes pueden permitírselo compran su casa en escogidos barrios apartados, también parecidos a guetos, e impiden que se establezcan los otros; y por si esto fuese poco, hacen todo lo posible para desconectar su mundo cotidiano del resto de los habitantes de la ciudad. Sus guetos voluntarios se transforman cada vez más en las avanzadillas o guarniciones de la extraterritorialidad.

«Mientras amplían sus espacios de comunicación a la esfera internacional, a menudo, y casi al mismo tiempo, los residentes alejan sus casas de la vida pública mediante infraestructuras de seguridad cada vez más “inteligentes”», comentan Graham y Marvin.<sup>4</sup>

«En casi todas las ciudades del mundo está empezando a verse determinados espacios y zonas que están fuertemente conectadas con otros espacios “valiosos” del paisaje urbano, así como también con regiones muy distantes, nacionales e incluso internacionales. Sin embargo, en esos lugares suele existir al mismo tiempo una sensación palpable, cada vez más acusada, de desconexión local entre espacios y personas físicamente cercanas, pero social y económicamente distantes.»<sup>5</sup>

El material de desecho de la nueva extraterritorialidad física de los espacios urbanos privilegiados, habitados y utilizados por la elite global –una suerte de «exilio interno» de la elite conseguido, manifestado y alimentado mediante instrumentos de «conexión virtual»– son las zonas desconectadas y abandonadas; los «barrios fantasma», como les llamó Michael Schwarzer, lugares en los que «las pesadillas han sustituido a los sueños, y el peligro y la violencia son el pan nuestro de cada día».<sup>6</sup> Si la idea era mantener las distancias infranqueables para conjurar el peligro de fugas y la contaminación de la pureza regional, entonces puede resultar muy útil una política de tolerancia cero, combinada con el destierro de los indigentes de los espacios en los que pueden subsistir,

pero donde al mismo tiempo se hacen visibles de un modo molesto e irritante, y llevándolos a esas zonas acotadas en las que no pueden hacer ni una cosa ni la otra. «Merodeadores», «acosadores», «vagabundos», «pedigüños fastidiosos», «nómadas» y otras clases de transgresores se han convertido en los personajes más siniestros en las pesadillas de la elite.

Como sugirió por primera vez Manuel Castells, existe una polarización creciente y una fractura cada vez mayor en la comunicación entre ambos mundos, entre el modo de vivir de las dos categorías de ciudadanos:

«En el nivel más elevado de la escala social existe una conexión común con la comunicación universal a las redes de comunicación mundiales y a un inmenso circuito de intercambios, abierto a recibir mensajes y experiencias que abarcan el mundo entero. En el otro extremo, las redes locales fragmentadas, con frecuencia definidas étnicamente, utilizan su identidad como el recurso más precioso para defender sus intereses y hasta su propia existencia».<sup>7</sup>

El cuadro que emerge de esta descripción muestra dos mundos separados y aislados. Sólo el segundo se encuentra circunscrito a un territorio concreto y puede situarse en la red de las nociones topográficas convencionales, mundanas y terrenales. Aquellos que habitan en el primero de los dos mundos puede que

estén, como los otros, físicamente «*en ese lugar*», pero no por ello son «*de ese lugar*»; no lo son en espíritu, sin duda, pero con bastante frecuencia, cada vez que lo deseen, también pueden dejar de serlo físicamente.

Las personas del «nivel superior» no pertenecen al lugar que habitan porque sus preocupaciones e intereses residen (más bien vagan o flotan) en otra parte. Podría decirse que, además de estar a sus anchas sin que nadie les moleste y, por tanto, ser libres para dedicarse por completo a sus pasatiempos, con la garantía de que no les faltarán los servicios indispensables (sean cuales fueren) para su confort cotidiano, no tienen intereses creados en la ciudad donde están fijadas sus residencias. La población ciudadana ya no es su sustento, la fuente de riqueza o una circunscripción a su cuidado, tutela y responsabilidad, como lo era para las elites urbanas de antaño, para los propietarios de las fábricas o para los mercaderes de bienes de consumo e ideas. Así pues, por regla general, las elites urbanas de nuestros días *no están interesadas* en los asuntos de «su» ciudad, que no es sino una localidad entre muchas, un punto minúsculo e insignificante desde la perspectiva superior del ciberespacio que, por muy virtual que sea, es su verdadera casa. Como mínimo, no necesitan preocuparse, y en apariencia nada puede obligarles a hacerlo si deciden lo contrario.

El mundo en el que viven los otros, los habitantes de los niveles «inferiores» de la ciudad, es la antítesis del primero. Su característica principal es que se encuentra aislado de la red mundial de comunicaciones a la que están conectadas, y con la que sintonizan

sus vidas, las personas del «nivel superior». Los habitantes del nivel inferior están «condenados a seguir siendo locales», por lo que es lógico y obligado suponer que centrarán su atención y sus preocupaciones, junto con sus quejas, sueños y esperanzas, en los «asuntos del lugar». Su lucha por la supervivencia y por un lugar digno en el mundo, una lucha que a veces ganan pero que suelen perder, tiene por escenario el *interior* de la ciudad que habitan.

Acerca de São Paulo, la segunda ciudad de Brasil, metrópolis bulliciosa y en rápida expansión, Teresa Caldeira escribe:

«São Paulo es hoy en día una ciudad de murallas. Por todas partes se levantan barreras físicas: alrededor de las casas y los bloques de viviendas, de los parques, las plazas, los edificios de oficinas y las escuelas [...]. Una nueva estética de la seguridad preside todo tipo de construcciones e impone una lógica de vigilancia y aislamiento antes nunca vista [...]».<sup>8</sup>

Quien se lo puede permitir adquiere una residencia en una «urbanización», una ermita situada físicamente dentro de la ciudad, aunque social y espiritualmente fuera de ella. «Las comunidades cerradas se imaginan como mundos aparte. La publicidad las presenta como un “modo de vida total”, lo que supondría una alternativa a la calidad de vida ofrecida por la ciudad y a sus espacios públicos degradados.» La carac-

terística más destacada de la urbanización es su «aislamiento y lejanía de la ciudad [...]». Por aislamiento se entiende la separación de aquellos considerados inferiores desde el punto de vista social», y, como no se cansan de repetir los constructores y los agentes inmobiliarios, «la seguridad es el factor clave para garantizar esto, lo cual significa vallas y muros alrededor de la urbanización, guardias jurados que vigilen las entradas a todas horas y un despliegue de instalaciones y servicios [...] para mantener fuera a los otros».

Como sabemos, las vallas se componen de dos lados... Dividen un espacio uniforme en un «dentro» y un «fuera», pero lo que está «dentro» para quien se encuentra a un lado de la valla está «fuera» para quien está al otro. Los que residen en urbanizaciones se mantienen «afuera» de la vida de la ciudad, desagradable, desconcertante y vagamente amenazadora a causa de su caos y dureza, y se recluyen «en» un oasis de calma y seguridad. Por el mismo motivo, sin embargo, separan a los demás de los lugares decentes y seguros cuyos valores están dispuestos a defender con uñas y dientes, y los abandonan en las calles sórdidas y miserables de las que huyen sin reparar en gastos. La valla separa el «gueto voluntario» de los ricos y poderosos de los incontables guetos forzosos en que viven los desheredados. Para los habitantes del gueto voluntario, los demás guetos son lugares a donde «no vamos». Para los habitantes de los guetos involuntarios, en cambio, el área donde se encuentran confinados (al verse excluidos de todas partes) es el espacio del que «no se nos permite salir».

Vuelvo a plantear el punto de partida de nuestro

análisis: construidas con el propósito de proteger a sus habitantes, las ciudades se asocian de un tiempo a esta parte más bien con el peligro que con la seguridad. Por citar de nuevo a Nan Ellin: «sin lugar a dudas, el factor miedo [en la construcción y reconstrucción de las ciudades] se ha agudizado, como sugiere el aumento de casas y vehículos cerrados con llave, la abundancia de sistemas de seguridad, la popularidad de las comunidades “cercadas” y “seguras” para personas de todas las edades e ingresos, y la vigilancia cada vez mayor de los lugares públicos, por no hablar de las interminables noticias alarmantes que difunden los medios de comunicación».<sup>9</sup>

Las amenazas, auténticas y presuntas, que acechan al cuerpo y a la propiedad privada del individuo se están convirtiendo rápidamente en los principales factores que hay que tener en cuenta a la hora de sopesar las ventajas e inconvenientes del lugar donde vivir. También se les ha concedido la máxima prioridad en la mercadotecnia inmobiliaria. La incertidumbre respecto del futuro, la fragilidad de la posición social y la inseguridad existencial –elementos omnipresentes de la vida en el mundo de la «modernidad líquida», a todas luces enraizados en lugares remotos y, por tanto, al margen del control individual– suelen centrarse en objetivos más cercanos y se dirigen al terreno de los asuntos relacionados con la seguridad personal; la clase de temores que, a su vez, se condensa en impulsos de carácter segregacionista/exclusivista, los cuales derivan inexorablemente en guerras por los espacios urbanos.

Como podemos aprender del perspicaz estudio de

Steven Flusty, un agudo crítico de arquitectura y urbanismo, intervenir en esa guerra con el único afán de concebir métodos para impedir que los malhechores actuales, potenciales o hipotéticos accedan a los territorios reivindicados y, además, mantenerlos a una distancia segura, constituye la principal prioridad de las innovaciones en materia de arquitectura y urbanismo en las ciudades estadounidenses.<sup>10</sup> Los nuevos productos urbanísticos, publicitados con orgullo e imitados profusamente, son los «espacios vetados», «diseñados para interceptar, repeler o filtrar a los posibles intrusos». La finalidad de dichos espacios es dividir, segregar y excluir; en vez de construir puentes, facilitar accesos y lugares de encuentro, facilitar la comunicación y el acercamiento entre los habitantes de la ciudad.

Las innovaciones en materia de arquitectura y urbanismo que Flusty enumera son los equivalentes, técnicamente actualizados, de los premodernos fosos, torreones y troneras de las murallas de las ciudades; pero hoy en día no se erigen para proteger a la ciudad y a sus habitantes del enemigo externo, sino para separar y mantener separados a los distintos tipos de ciudadanos (y lejos de los problemas), y para defender a algunos de ellos de los otros, una vez que se les ha asignado el papel de adversarios al aislarlos espacialmente. Entre las diversas variedades de «espacios vedados» citados por Flusty se encuentra el «espacio escurridizo», «inaccesible debido a vías de acceso tortuosas, larguísimas o inexistentes»; el «espacio espinoso», «que no puede ocuparse cómodamente, pues lo defienden artilugios tales como aspersores monta-

dos en los muros que se activan para ahuyentar a los merodeadores, o salientes y antepechos en pendiente para evitar que se usen como asientos»; el «espacio nervioso», «en el que resulta imposible pasar inadvertido debido a la vigilancia continua de las patrullas o tecnologías de control remoto conectadas con centros de seguridad». Estos y otros tipos de «espacios vetados» tienen un único propósito, aunque complejo: separar los enclaves extraterritoriales de la continuidad del territorio urbano; en otras palabras, erigir pequeñas fortalezas compactas en cuyo interior los miembros de la elite global supraterritorial pueden cuidar, cultivar y gozar de independencia física, sumada a la espiritual, y de su aislamiento geográfico. En el paisaje de la ciudad, los «espacios vetados» se han convertido en los hitos de la *desintegración* de la vida comunitaria compartida de una localidad.

La separación de la nueva elite (asentada localmente pero con una orientación global y vinculada de una manera débil a su lugar de residencia) de los compromisos del pasado con la clase baja local, y la consiguiente brecha espiritual/comunicativa entre los espacios vitales/vividos de quienes se han separado y quienes se han quedado atrás, representan, sin duda, la novedad más importante de carácter social, cultural y político asociada al paso del estado «sólido» de la modernidad al «líquido».

El cuadro de separaciones recíprocas que acabamos de bosquejar contiene muchas verdades y nada más que verdades, pero no toda la verdad.



Entre aquellas partes de verdad omitidas o empequeñecidas, la más significativa es la que explica (por encima de cualquier aspecto más conocido) la característica fundamental (y, a la larga, seguramente la más importante) de la vida urbana contemporánea. Tal característica es la estrecha influencia recíproca que se da entre las presiones globalizadoras y el modo en que se negocian, se forman y se reforman las identidades de los lugares urbanos.

Si bien la falta de compromiso del «nivel superior» sugeriría lo contrario, sería un error imaginar los aspectos «global» y «local» de las condiciones y las elecciones de vida contemporáneas en dos espacios distintos y sellados de manera hermética, que sólo se comunican alguna que otra vez y de modo superficial. En un estudio reciente, Michael Peter Smith cuestiona el enfoque (planteado, en su opinión, por David Harvey o John Friedman, entre otros)<sup>11</sup> que contraponen «una lógica dinámica pero desubicada en cuanto a los flujos económicos globales» a «una visión estática del territorio y la cultura local», que hoy en día «se valora» como el «lugar vital», del «ser-en-el mundo».<sup>12</sup> En opinión de Smith, «en vez de reflejar una ontología estática del “ser” o la “comunidad”, las localidades son construcciones dinámicas “en ciernes”».

De hecho, la línea que separa el ámbito abstracto de los operadores globales, «situado en algún lugar de ninguna parte», y el espacio carnal, palpable, «aquí y ahora», al alcance de los «locales», sólo puede trazarse fácilmente en el mundo etéreo de la teoría. Las realidades de la vida urbana desbaratan por completo estas divisiones nítidas. Trazar fronteras en los es-

pacios vividos es una lucha continua y una apuesta en las batallas libradas en numerosos frentes entrecruzados; cada línea trazada es provisional y temporal, a riesgo de ser rediseñada o eliminada, y por ello todas proporcionan una salida natural a la amplia gama de ansiedades generadas por una vida insegura. El único efecto duradero de los continuos pero vanos esfuerzos destinados a reforzar y estabilizar límites tan inestables es el reciclaje de los miedos difusos en prejuicios concretos, antagonismos de grupo, confrontaciones ocasionales y hostilidades cocinadas a fuego lento. En nuestro mundo cada vez más globalizado, nadie puede pretender de veras ser un «operador global» lisa y llanamente. Lo máximo que pueden lograr quienes pertenecen a la elite de trotamundos con influencia global es a un radio de acción mayor para su movilidad.

Si las cosas se complican demasiado como para sentirse a gusto y el espacio que rodea sus residencias urbanas empieza a ser peligroso y difícil de manejar, ellos tienen la posibilidad de mudarse a otra parte; cuentan con una opción de la que carecen sus vecinos cercanos (físicamente). La posibilidad de encontrar una alternativa más grata a las incomodidades locales les otorga un grado de independencia con el que los otros residentes urbanos sólo pueden soñar, y el lujo de una soberbia indiferencia que los demás no pueden permitirse. El interés de estas elites, su compromiso con la tarea de «poner en orden los asuntos de la ciudad» tiende a ser menos amplio e incondicional que en el caso de quienes poseen menos libertad para cortar los vínculos locales de modo unilateral.

Sin embargo, esto no implica que la elite de los conectados globalmente en su búsqueda de «sentido e identidad», que necesitan y desean con el mismo ardor que cualquier otro, pueda dejar de lado el lugar donde vive y trabaja (aunque sea de manera temporal y «hasta nuevo aviso»). Al igual que el resto de los hombres y mujeres, también ellos forman parte del paisaje urbano, y sus metas vitales están inscritas, les guste o no, en la localidad. Como operadores globales, pueden deambular por el ciberespacio, pero como agentes humanos se encuentran todos los días confinados en el espacio físico en el que operan, en el entorno preestablecido y reelaborado una y otra vez en la búsqueda afanosa de sentido, identidad y reconocimiento propia de los seres humanos. La experiencia humana se constituye y se recaba en torno a *lugares*, donde se trata de administrar la vida compartida, donde se conciben, absorben y negocian los sentidos de la vida. Y es *en* lugares donde se gestan e incuban los estímulos y los deseos humanos, donde se espera satisfacerlos, donde se corre el riesgo de la frustración y donde casi siempre terminan frustrados y sofocados.

Por este motivo, las ciudades contemporáneas son el escenario o el campo de batalla donde los poderes globales y los sentidos e identidades, obstinadamente locales, se encuentran, chocan, luchan y buscan un acuerdo satisfactorio, o al menos soportable, una modalidad de convivencia que pueda ser una paz duradera, pero que por lo general sólo resulta un armisticio, breves intervalos para reparar las defensas dañadas y volver a desplegar las unidades de combate. Esta con-

frontación, y no cualquier otro factor único, es la que pone en marcha y guía la dinámica de la ciudad de la «modernidad líquida».

Y no nos engañemos: esto puede suceder en *cualquier* ciudad, aunque no del mismo modo. Michael Peter Smith, al referirse a un reciente viaje a Copenhague, recuerda que durante una sola hora de caminata se cruzó con «varios grupos de inmigrantes turcos, africanos y de Oriente Medio», observó «a varias mujeres árabes, con velo y sin él», leyó «carteles en varias lenguas no europeas», y mantuvo «una interesante conversación con un camarero irlandés en una taberna inglesa frente al jardín del Tivoli».<sup>13</sup> Esta experiencia sobre el terreno le resultó muy útil, dice Smith, durante la conferencia sobre las conexiones transnacionales que pronunció en Copenhague esa misma semana, «cuando una persona del público insistió en que el transnacionalismo era un fenómeno que podía darse en “ciudades globales” como Nueva York o Londres, pero que tenía poca importancia en sitios más aislados como Copenhague».

Los verdaderos poderes que determinan las condiciones en las que todos actuamos en estos tiempos se mueven en el espacio *global*, mientras que nuestras instituciones de acción política siguen, en gran medida, amarradas al suelo; son, como antes, *locales*.

Puesto que siguen siendo locales, y porque están destinados a permanecer como tales en el futuro próximo, los organismos políticos que operan en el espacio urbano, en el escenario donde día tras día se representa el drama de la política, suelen adolecer de falta de poder para actuar y, en particular, del tipo de po-

der que les permitiría actuar con eficacia y soberanía. La otra cara de esta relativa desautorización de la política local es la escasez de política en el ciberespacio extraterritorial, el terreno de juego del poder real.

Una de las paradojas más desconcertantes surgidas en nuestra época es que la política, en un planeta en creciente *globalización*, tiende a ser, de forma apasionada y consciente, *local*. Expulsada del ciberespacio, o, mejor dicho, con el acceso vedado, la política retrocede y se concentra en los asuntos «a su alcance», en cuestiones locales y relaciones de vecindario. La mayoría de nosotros piensa casi siempre que los asuntos locales son *los únicos* sobre los que podemos «hacer algo»: influir, reparar, mejorar, redirigir. Sólo en las cuestiones locales nuestras acciones, o la falta de ellas, pueden «establecer la diferencia», mientras que en el caso de los asuntos «supralocales», no hay «alternativa alguna» (como repiten una y otra vez nuestros dirigentes políticos y demás «personas bien informadas»). Llegamos a sospechar que los «asuntos globales», en vista de los medios insuficientes y los escasos recursos con que contamos, seguirán su curso hagamos lo que hagamos o al margen de lo que nos propongamos hacer en la medida de nuestras posibilidades.

Incluso los asuntos cuyas recónditas raíces y causas son indudablemente *globales* y lejanas, sólo entran en el terreno de la preocupación política a través de las derivaciones y repercusiones que tienen en un ámbito puramente *local*. La contaminación atmosférica global y las reservas de agua –al igual que la producción global de individuos «superfluos» y exilia-

dos– se convierten en un asunto *político* cuando se construye un vertedero de residuos tóxicos, o una residencia para refugiados y solicitantes de asilo sin techo, al lado de casa, en «nuestro patio trasero», tan cerca de nuestro territorio que asusta, pero también «a nuestro alcance». La progresiva comercialización de la sanidad, un efecto evidente de la encarnizada competencia entre gigantes supranacionales de la industria farmacéutica, sólo aparece en el panorama *político* cuando se reducen los servicios de un hospital de barrio o cuando se van eliminando las residencias de ancianos o los centros de salud mental. Fueron los habitantes de una ciudad, Nueva York –o, mejor aún, de Manhattan, una parte de esa ciudad diseminada–, quienes debieron afrontar los estragos causados por un ataque terrorista gestado globalmente; son los alcaldes y ayuntamientos de otras ciudades los que deben asumir ahora la responsabilidad de velar por la seguridad personal, de nuevo vulnerable y expuesta a fuerzas bien atrincheradas, inalcanzables para cualquier autoridad municipal, y que asestan golpes mientras están seguros en sus refugios lejanos. La devastación global de los medios de subsistencia y el desarraigo de pueblos establecidos desde tiempo inmemorial sólo aparecen en el horizonte de la acción política con las tareas para integrar a los vistosos «inmigrantes económicos» que atestan las calles que alguna vez parecieron uniformes...

Para resumir: *las ciudades se han convertido en el vertedero de problemas engendrados y gestados globalmente*. Sus habitantes y sus representantes electos deben enfrentarse a una tarea imposible, se mire por

donde se mire: encontrar soluciones *locales* a dificultades y problemas *engendrados globalmente*.

De aquí deriva, si se me permite repetirlo, la paradoja de una política cada vez más local en un mundo cada vez más modelado y remodelado por los procesos globales. Como señalaba Castells, el signo siempre más evidente de nuestro tiempo es la intensa (podría decirse compulsiva y cada vez más obsesiva) «producción de sentido e identidad: mi vecindario, mi comunidad, mi ciudad, mi escuela, mi árbol, mi río, mi playa, mi iglesia, mi paz, mi ambiente».<sup>14</sup> «Indefensas ante el torbellino global, las personas se aferran a sí mismas.» Señalemos que cuanto más «se aferran a sí mismas», tanto más «indefensas» quedan ante «el torbellino global», y también menos capaces para decidir, y menos aún afirmar, los sentidos y las identidades locales –que son, en apariencia, las suyas propias–, para gran júbilo de los operadores globales, quienes ya no tienen motivo alguno para temer a los indefensos.

Como sugería Castells en otra parte, la creación del «espacio de flujos» establece una nueva jerarquía (global) de dominación-mediante-la-amenaza-de-desconexión. El «espacio de flujos» puede «escapar al control de cualquier entidad local», mientras que (¡y por eso mismo!) «el espacio de los lugares está fragmentado, circunscrito y, por lo tanto, es impotente frente a la gran capacidad de adaptación del espacio de flujos; el único modo de oponerle resistencia con que cuentan las entidades locales es negar los derechos de tocar tierra a la marea abrumadora de los flujos, sólo para comprobar que se instalan en alguna localidad

vecina, con lo que provocan así la exclusión y la marginalización de las comunidades rebeldes».<sup>15</sup>

Como resultado, la *política local* –y en particular la *política urbana*– está *desesperadamente sobrecargada*, por encima de su capacidad de carga y ejecución. Ahora se espera mitigar las consecuencias de una globalización descontrolada con medios y recursos que esa misma globalización tornó penosamente inadecuados. De ahí se deriva la incertidumbre perpetua con la que se ven obligados a actuar los agentes políticos; una incertidumbre que los políticos admiten a veces, pero que casi siempre tratan de encubrir con demostraciones públicas de fuerza y retórica fanfarrona, que suele ser más enérgica y vocinglera cuanto más desdichados y cortos de recursos son esos mismos políticos.

Sea cual fuere la historia de las ciudades y por muchos cambios drásticos que haya habido en su estructura espacial, aspecto y estilo en el transcurso de los años o de los siglos, siempre hay una característica que permanece constante: las ciudades son espacios donde los *extraños* viven y conviven en estrecha proximidad.

Al ser un elemento permanente de la vida ciudadana, la continua y ubicua presencia de desconocidos al alcance de la vista y de la mano añade una buena dosis de incertidumbre perpetua a las elecciones de vida de los habitantes urbanos. Esta presencia, imposible de evitar salvo por algún instante, es una fuente inagotable de ansiedad y de agresividad, por lo general latente, que de vez en cuando explota.

El miedo a lo desconocido que, aunque sea subliminal, se percibe en el ambiente, pide a gritos válvulas de escape convincentes. En la mayoría de los casos, las ansiedades acumuladas tienden a descargarse contra una categoría particular de «forasteros», elegidos para encarnar la «extrañeza»: la falta de familiaridad, la impenetrabilidad de algunas costumbres, la vaguedad de los riesgos y la naturaleza desconocida de las amenazas. Al echar de sus casas y de sus tiendas a cierta clase de «forasteros» se consigue exorcizar por algún tiempo el fantasma aterrador de la incertidumbre; se conjura el monstruo espantoso de la inseguridad. Las barreras fronterizas cuidadosamente erigidas para, en apariencia, impedir el acceso a «los falsos solicitantes de asilo» y a los inmigrantes «puramente económicos», sirven para fortificar la existencia inestable, errática e imprevisible de aquellos que están dentro. Pero la vida en la modernidad líquida está destinada a seguir siendo errática y caprichosa, a pesar de las medidas que se adopten contra los «forasteros indeseables», de modo que el alivio dura poco tiempo y las esperanzas depositadas en las «medidas severas y resolutivas» se desvanecen nada más nacer.

El extraño es, por definición, un agente movido por intenciones que uno puede intuir en el mejor de los casos, pero que nunca estará seguro de haber captado por completo. El extraño es la incógnita variable de todas las ecuaciones cada vez que los habitantes de las ciudades deben decidir qué hacer y cómo comportarse. De modo que, incluso cuando no son objeto de agresiones directas ni padecen las consecuencias de un resentimiento manifiesto y activo, la presencia

de extraños en el campo de acción sigue produciendo inquietud e imposibilita predecir los efectos de las acciones y las probabilidades de éxito o fracaso.

Compartir el espacio con extraños, vivir en su proximidad molesta y no solicitada, es una condición que los habitantes de las ciudades encuentran difícil, tal vez imposible, evitar. La proximidad de los desconocidos es su destino, un *modus vivendi* permanente que, cada día, hay que analizar y custodiar, experimentar, poner a prueba una y otra vez, y (¡si hay suerte!) modelarlo para que la convivencia con extraños sea agradable y la vida en su compañía más llevadera. Esto es un «elemento dado», innegociable; pero puede elegirse la manera que tienen los habitantes de la ciudad de satisfacer las exigencias impuestas por esta necesidad. Y una suerte de elección se hace a diario, por comisión u omisión; por voluntad propia o por inercia; por decisión consciente o, simplemente, siguiendo a ciegas y de forma mecánica los esquemas habituales; mediante una discusión o de común acuerdo, o bien por simple adhesión individual a los instrumentos de confianza de aquel momento (porque están de moda y aún no han caído en descrédito).

Los desarrollos que describe Steven Flusty y que antes he citado son manifestaciones ultramodernas de la ubicua «mixofobia» urbana.

La «mixofobia» es una reacción –muy extendida y altamente previsible– ante la escalofriante, inconcebible y perturbadora variedad de tipos humanos y costumbres que coexisten en las calles de las ciudades

contemporáneas, no sólo en aquellas zonas oficialmente llamadas (y por esa razón evitadas) «barrios violentos» o «calles de mala fama», sino también en aquellos barrios «corrientes» (léase: no protegidos por «espacios vetados»). A medida que crece el multilingüismo y la diversidad cultural del entorno urbano de la era de la globalización –que, con el paso del tiempo, tiene más probabilidades de intensificarse que de atenuarse–, las tensiones derivadas de la molesta/perturbadora/irritante extrañeza de la situación seguramente seguirán favoreciendo los impulsos segregacionistas.

La descarga de tales impulsos puede aliviar (temporal aunque repetidamente) la escalada de tensiones. Cada descarga sucesiva renueva la esperanza frustrada por la precedente: así, aunque las diferencias desconcertantes y molestas pueden ser inexpugnables e inmanejables, al menos se les podría quitar el veneno del aguijón al asignar a cada forma de vida un espacio físico separado, inclusivo y exclusivo, bien delimitado y protegido... Mientras tanto, a falta de una solución tan radical, tal vez sería posible garantizar para uno mismo, su familia, amigos y «otra gente como uno», un territorio libre de la confusión y el desorden de que adolecen irremediamente otras partes de la ciudad. La mixofobia se manifiesta en el impulso a buscar islas de similitud e igualdad en medio del mar de la diversidad y la diferencia.

Los orígenes de la mixofobia son banales, se encuentran sin dificultad, son fáciles de comprender aunque no tanto de perdonar. Como sugiere Richard Sennett: «el sentimiento de “nosotros”, que expresa el deseo de parecerse a los demás, es una manera para

los hombres» y para las mujeres «de evitar la necesidad de calar más hondo los unos en los otros». <sup>16</sup> Podríamos decir que promete cierto consuelo espiritual: la perspectiva de tornar más tolerable la vida en común al eliminar el esfuerzo de entender, negociar y pactar que exige vivir entre y con la diferencia. «El deseo de evitar una participación real es innato al proceso de formar una imagen coherente de comunidad. Percibir la existencia de lazos comunes sin una experiencia en común es algo que aparece en primer lugar porque los hombres temen participar, les asustan los peligros y retos que conlleva, tienen miedo del dolor que puede causar.»

La tendencia a buscar una «comunidad de semejantes» es una señal de retirada de la alteridad *exterior* y también de la renuncia a comprometerse con la interacción *interior*, vital aunque turbulenta, estimulante pero molesta. El atractivo de una «comunidad de semejantes» es el de una póliza de seguros contra los múltiples peligros que comporta la vida cotidiana en un mundo multilingüe. Sumergirse en la «igualdad» no reduce dichos peligros ni los elimina. Como todos los paliativos, sólo promete un refugio contra algunos de los efectos más inmediatos y temibles.

Elegir la opción de la huida como remedio para la mixofobia tiene una consecuencia sumamente insidiosa y nociva: una vez adoptado, el presunto régimen terapéutico se perpetúa y se refuerza cuanto más ineficaz resulta. Sennett explica por qué ocurre esto y por qué no puede ser de otro modo: «Durante las dos últimas décadas, las ciudades de Estados Unidos han crecido de tal manera que los barrios donde habitan ex-

tranjeros se han vuelto relativamente homogéneos; no parece casual que el miedo a los forasteros se haya agudizado en paralelo al aislamiento de dichos barrios». <sup>17</sup> Cuanto más tiempo permanecen las personas en un medio uniforme –en compañía de otros «como ellos» con los que se puede «socializar» de modo superficial y trivial, sin exponerse a malentendidos y sin tener que bregar con la molesta necesidad de traducir entre distintos universos de sentido– más probabilidades hay de que «desaprendan» el arte de negociar significados compartidos y un *modus conviviendi* agradable. Puesto que han olvidado o descuidado la adquisición de las habilidades necesarias para vivir una vida grata en medio de la diferencia, no es de extrañar que quienes buscan y practican la terapia de la fuga vean con horror creciente la perspectiva de toparse cara a cara con los foráneos. Los extraños tienden a parecer más aterradores cuanto más ajenos, desconocidos e incomprensibles llegan a ser, y a medida que van desapareciendo, o dejan de arrancar, el diálogo y la interacción mutuos, que podrían terminar asimilando su «alteridad» al mundo propio. Puede que la tendencia hacia un entorno homogéneo, territorialmente aislado, venga provocada por la mixofobia, pero la *práctica* de la segregación territorial es el salvavidas y el alimento de dicha mixofobia, y se transforma de manera gradual en su principal refuerzo.

Sin embargo, la mixofobia no es el único combatiente en el campo de batalla urbano.

La vida en la ciudad es una experiencia notablemente ambivalente. Atrae y repele a la vez y, para complicar aún más la existencia de sus habitantes, son *los*

*mismos* aspectos de la vida urbana los que, de manera alternativa o simultánea, atraen y repelen... La desconcertante variedad del entorno urbano es una fuente de temores (sobre todo para aquellos que ya han «perdido sus costumbres familiares», al verse sumidos en un estado de incertidumbre aguda a causa de los procesos desestabilizadores que ha traído la globalización). *El mismo* brillo y centelleo caleidoscópico de la escena urbana, en la que nunca faltan novedades y sorpresas, constituye el embrujo irresistible de las ciudades y su poder de seducción.

Así pues, encontrarse ante el espectáculo deslumbrante e interminable que ofrece la ciudad no siempre se considera una maldición o una pesadilla; ni tampoco refugiarse se percibe como una completa bendición. La ciudad favorece la *mixofilia* de la misma manera que provoca y alimenta la mixofobia. La vida urbana es un asunto *ambivalente* de manera intrínseca e irremediable.

Cuanto más grande y heterogénea es una ciudad, más atractivos puede tener y ofrecer. La concentración masiva de desconocidos es un repelente y, al mismo tiempo, un poderoso imán que atrae a la ciudad a nuevas legiones de hombres y mujeres cansados de la monotonía de la vida rural o provinciana, hartos de su rutina cotidiana, y desesperados ante la falta de oportunidades. La variedad es una promesa de oportunidades, múltiples y diferentes oportunidades, oportunidades para todos los gustos y aptitudes. Así pues, cuanto más grande sea la ciudad, más probable será que atraiga a un número cada vez mayor de personas que rechazan o no encuentran las oportunidades

y las ocasiones de aventura en sitios más pequeños y, por tanto, menos tolerantes para con los distintos modos de pensar y más rígidos en las libertades que ofrecen o, mejor dicho, toleran. Parece ser que la mixofilia, al igual que la mixofobia, es una tendencia autónoma que se propaga y se renueva por sí sola. Es difícil que una u otra puedan agotarse o perder vigor en el curso de la renovación de la ciudad y de la reorganización del espacio ciudadano.

*La mixofobia y la mixofilia coexisten en todas las ciudades, pero también se hallan en el interior de cada uno de sus habitantes.* Es una coexistencia difícil, sin lugar a dudas, llena de ruido y de furia, pero que tiene mucha importancia para los destinatarios finales de la ambivalencia propia de la modernidad líquida.

Como los desconocidos están predestinados a seguir viviendo los unos en compañía de los otros todavía por mucho tiempo –sean cuales fueren las vueltas y los futuros cambios de la historia urbana–, el arte de vivir en paz y armonía con la diferencia, y de beneficiarse de la variedad de estímulos y oportunidades, adquiere una relevancia de primer orden entre las habilidades que un ciudadano necesita (y haría bien en) aprender y poner en práctica.

Dada la creciente movilidad urbana, propia de la época de la modernidad líquida, y los acelerados cambios de actores, argumentos y escenarios del panorama urbano, no es previsible que la mixofobia desaparezca por completo. Tal vez se pueda hacer algo para alterar las proporciones de la mezcla de la mixofilia y

la mixofobia, para reducir el desconcertante impacto de la mixofobia, y la ansiedad y la angustia que provoca. De hecho, parece ser que los arquitectos y urbanistas podrían contribuir bastante a la hora de favorecer el crecimiento de la mixofilia y minimizar las ocasiones que puedan propiciar reacciones mixofóbicas ante los desafíos de la vida urbana. Y, según parece, también pueden hacer mucho, y lo hacen, para favorecer el efecto contrario.

Como hemos visto antes, la causa principal de dicha mixofobia es, en realidad, la segregación de los barrios residenciales y de los espacios abiertos al público, comercialmente atractiva para los constructores porque les permite obtener beneficios en poco tiempo, pero también para sus clientes como remedio rápido contra las ansiedades que provoca la mixofobia. Las soluciones existentes crean o agravan los problemas que pretenden resolver: los constructores de barrios cercados y edificios de pisos sometidos a vigilancia, así como los arquitectos que proyectan «espacios vetados», son los que crean, reproducen e intensifican la necesidad y la demanda que pretenden satisfacer.

La paranoia mixofóbica se alimenta de sí misma y actúa como una profecía que lleva en sí el germen de su cumplimiento. Si se ofrece y se acepta la segregación como remedio radical para los peligros que representan los forasteros, la convivencia con ellos se vuelve más difícil cada día. Homogeneizar los barrios, y después reducir al mínimo indispensable todo comercio y comunicación entre ellos, es la receta infalible para intensificar y avivar el deseo de excluir y se-



gregar. Semejante medida puede contribuir a aliviar los dolores que padecen las personas aquejadas de mixofobia, pero el remedio es patógeno en sí mismo y empeora la enfermedad, por lo que siempre se requieren dosis más fuertes para que el dolor sea soportable. La homogeneidad social del espacio, acentuada y reforzada por la segregación espacial, reduce la capacidad para tolerar la diferencia de los habitantes de las ciudades y multiplica los casos de reacciones mixofóbicas, algo que hace parecer la vida urbana más «inclinada al riesgo» y, por ello, más angustiada, en lugar de más segura, más tranquila y agradable.

Una estrategia arquitectónica y urbanística que fuera la antítesis de la actual contribuiría al afianzamiento y al cultivo de sentimientos mixofílicos: la creación de espacios públicos abiertos, atrayentes y hospitalarios, a los que acudirían de buen grado todas las categorías de residentes urbanos, sin tener reparo en compartirlos. Como destacó Hans-Georg Gadamer en su célebre *Verdad y método*, el entendimiento mutuo nace de la «fusión de horizontes», los horizontes cognitivos, es decir, los que se trazan y expanden a medida que se acumula experiencia vital. La «fusión» que requiere el entendimiento mutuo sólo puede provenir de una experiencia *compartida*; y compartir experiencia es inconcebible si no se comparte el espacio.

Los más horribles miedos contemporáneos nacen de la incertidumbre existencial. Sus raíces se extienden más allá de las condiciones de vida, y todo cuanto pueda hacerse en el interior de la ciudad, en la

escala del espacio ciudadano y de los recursos gestionados por la ciudad para arrancar estas raíces, siempre resultará insuficiente respecto de aquello que sería necesario. La mixofobia que amenaza la convivencia de los habitantes urbanos no es la fuente de su inquietud, sino el resultado de una interpretación perversa y engañosa de sus orígenes; una manifestación de intentos desesperados y, a fin de cuentas, provisionales, para atenuar el dolor provocado por la angustia: eliminan la irritación mientras que se equivocan en la cura de la enfermedad. Es la mixofilia, arraigada en la vida de la ciudad como su opuesto, la mixofobia, la que contiene el germen de la esperanza: esperanza no sólo por convertir la vida urbana –un tipo de vida que exige convivencia e interacción con una variedad enorme, tal vez infinita, de desconocidos– en menos preocupante y más fácil de practicar, sino también la esperanza de atenuar las tensiones que tienen su origen, por causas análogas, a escala planetaria.

Como se mencionó antes, las ciudades contemporáneas son vertederos para los problemas producidos globalmente; pero también pueden verse como laboratorios en los que los modos y las maneras de vivir con la diferencia, que todavía tienen que aprender los habitantes de un planeta cada vez más superpoblado, se inventan día a día, se prueban, memorizan y asimilan. El trabajo de la «fusión de horizontes» de Gadamer, aquella condición necesaria de la kantiana *allgemeine Vereinigung der Menschheit*, puede iniciarse en la escena urbana. Sobre este escenario, la apocalíptica visión de Huntington de un conflicto irreconciliable y de un inevitable «choque de civilizaciones»<sup>18</sup>

puede traducirse en benignos y, con frecuencia, gratificantes y placenteros encuentros cotidianos con la humanidad que se oculta tras las máscaras escénicas, atterradoramente desconocidas, de las razas, nacionalidades, divinidades y liturgias diferentes y recíprocamente ajenas. No hay mejor lugar que las calles compartidas de la ciudad para descubrir y aprender que, como dice Mark Juergensmeyer,<sup>19</sup> si bien «las seculares expresiones ideológicas de rebelión» tienden en estos tiempos a ser «reemplazadas por formulaciones ideológicas de naturaleza religiosa», «las quejas –el sentido de alienación, marginalización y frustración social– son con frecuencia las mismas», más allá de las separaciones y de los antagonismos creados por las fronteras religiosas.

## 5 La utopía en la época de la incertidumbre\*

La vida de las personas, incluso de las más felices (o de las más afortunadas, según una opinión común, un poco teñida de envidia, de las infelices) es cualquier cosa menos carente de problemas. Pocos están dispuestos a declarar que en su vida todo va sobre ruedas, e incluso estos pocos conocen momentos de duda.

Todos estamos familiarizados con situaciones desagradables e incómodas cuando las cosas o las personas nos causan preocupaciones que no esperábamos ni habíamos previsto. Aquello que convierte las adversidades (los «golpes del destino», como solemos decir) en algo particularmente molesto es que siempre llegan sin avisar: no esperamos que ocurran, y bastante a menudo ni creeríamos que podrían estar a punto de suceder. Nos golpean «como rayos en el cielo sereno», así que no podemos tomar precauciones y evitar la catástrofe; nadie espera un relámpago en un cielo sin nubes...

La llegada imprevista de los reveses, su irregularidad, su desagradable capacidad para venir de cual-

\* Este ensayo se presentó en la London School of Economics el 27 de octubre de 2005 con el título de «Living in Utopia». (*N. de la T.*)